

civilización. Así que si Brasil tiene esa eminente cualidad de interesarse por lo que dice el mundo culto, se lo debe a la excelencia de su Naturaleza, y de ninguna manera a su sangre portuguesa. Como portugués, lo que era lógico que hiciese era darle la espalda a Europa, tapándose aún más las orejas con el cuello del capote...

Pero volvamos al artículo del *Times*: la conclusión de su primera parte es que «tanto en riqueza como aptitudes, Brasil se lleva gloriosamente la palma frente a las otras naciones de América del Sur». Sin embargo, el *Times* aprecia en Brasil circunstancias desconsoladoras: «Doce millones de hombres están perdidos en un estado más grande que Europa entera; la renta nacional, que es de doce millones de libras esterlinas, es inferior en muchos millones a la de Holanda o a la de Bélgica; con una costa de cuatro mil millas de largo, y con una extensión de dos mil seiscientas millas de anchura, Brasil exporta géneros por un valor inferior a la cuarta parte que el diminuto reino de Bélgica».

El *Times* tiene, no obstante, la generosidad de admitir que ni la densidad de población, ni el conjunto de la renta, ni la cifra de las exportaciones, constituyen la felicidad de un pueblo o su grandeza moral. Suiza, que tiene dos millones de habitantes y exactamente los mismos dos millones —en libras— de renta, vive en unas condiciones de prosperidad, de libertad, de civilización, de riqueza intelectual, muy superiores a las de la tenebrosa Rusia, con sus ochenta millones de libras de renta y sus ochenta millones de hombres. «Aunque —continúa el *Times*— la escasez de población, de rendimiento y de comercio, no colocan a Brasil en una situación adversa, son una prueba de que a ese pueblo le faltan algunas de las cualidades que constituyen la grandeza de las naciones. Que los colonizadores portugueses, apoyados sólo por el pequeño trono portugués, hayan hecho en la mitad del nuevo mundo que les concedió el papa Alejandro más que los colonizadores españoles que sacaban su fuerza de la gran España, es una prueba a favor de la sangre portuguesa, comparada con la sangre castellana, andaluza o aragonesa. Pero que las conquistas hechas a la Naturaleza en Brasil sean tan insignificantes, y tan vastos los territorios que permanecen no sólo indómitos sino desamparados, indica que los defectos de la colonia española y los de la colonia portuguesa son análogos...».

El resto del artículo es más serio; debo transcribirlo sin interrupción: «El brasileño no es, como el peruano o el boliviano, ni tan orgulloso ni tan perezoso como para no darse cuenta de la riqueza y de los abundantes recursos tan pródigamente esparcidos a su alrededor. No, el brasileño tiene energía suficiente para ambicionar y para calcular. Ha puesto su atención en las fértiles regiones del interior. Le gustaría mucho ver su red de ríos

navegables cubierta de barcos y de vapores. Pero ocurre también que en los lugares más ricos de la costa, los habitantes se quejan de que una porción excesiva de los impuestos con los que se les sobrecarga se gastarán en colosales trabajos emprendidos en pro de remotas e incultas regiones que nunca, o sólo de aquí a que pasen muchos años, podrán ser aprovechadas. Pero en cualquier caso Brasil se siente con fuerzas suficientes como para dar a su vasto territorio los beneficios de una inteligente administración».

El *Times* inserta aquí un breve párrafo que alude a la noble ambición que tienen los brasileños de hacerlo todo por sí mismos, lo que provoca que miren con aversión las grandes obras entregadas a la pericia extranjera, y que prefieran los esfuerzos de la ciencia y del talento nacionales, aunque éstos fracasen y le cuesten al país millones de pérdidas... Después prosigue:

«Pero aunque el brasileño se muestra, en teoría política y administrativa, tan ansioso por fomentar, por hacer por sí mismo todas las obras de sus cinco millones de millas cuadradas, sus manos rechazan agarrar el mango de la azada, o coger la manquera del arado, que es precisamente la ayuda que de él reclama la Naturaleza. En un continente que después de tres siglos y medio continúa siendo una tierra virgen, la grandeza de las repúblicas o de los imperios depende exclusivamente del trabajo manual».

«Se ha importado a italianos, a alemanes, a negros; se los sigue importando hoy en día, para hacer el trabajo duro que repugna a los señores de la tierra. Pero, muy poco aclimatados, en ciertos distritos nunca podrían afanarse como los naturales de los trópicos. Ni siquiera en las provincias más templadas del Imperio los inmigrantes trabajarán resueltamente mientras la población indígena, dueña de la tierra, no predique con el ejemplo. O el brasileño trabaja con sus propias manos o tendrá que abandonar la rica herencia que es incapaz de administrar. A medida que el tiempo pasa, vamos teniendo la seguridad de que todos los grandes recursos de América del Sur serán patrimonio de la humanidad».

A partir de aquí el *Times* se hace un lío. Prefiero explicar su idea a traducir su complicada prosa. Lo que nos quiere decir es que llegará un día en que la civilización no podrá consentir que unos suelos tan ricos como los de los estados de América del Sur permanezcan estériles e inútiles, y que si los actuales propietarios son incapaces de hacer que valgan y que produzcan, para mayor felicidad del hombre, deberán en consecuencia entregarlos a otras manos más fuertes y mejor dotadas. Se trata del sistema de expropiación para el servicio de la civilización. Teoría favorita de Inglaterra y de todas las naciones de rapiña.

Continúa más adelante el artículo, con ferocidad: «En Perú, en Bolivia, en Paraguay, en Ecuador, en Venezuela... en otros muchos países, los actua-

les ocupantes del suelo tendrán que desaparecer gradualmente y reducirse a la condición inferior que su débil temperamento les ha puesto por destino. –¡Nunca se ha escrito nada tan implacable!– El pueblo brasileño tiene, no obstante, excelentes cualidades e Inglaterra no llegará tan pronto a la conclusión de que tenga que compartir la suerte de sus febriles y tozudos vecinos... Pero dadas las condiciones de su suelo, el propio Brasil tendrá que elegir entre semejante futuro o decidirse por el trabajo, por el duro esfuerzo personal contra el que hasta la fecha se ha rebelado. Si el destino hubiera conducido a los brasileños a otra zona del continente, ni tan extensa ni tan hermosa, se les podría tolerar que pasaran su existencia en una perenne soñolencia. Pero a los brasileños les ha sido confiada la quinceava parte de la superficie del globo: esa quinceava parte es un completo tesoro de belleza, de riqueza y de virtual felicidad, y el responsable de tanto bien tiene que subir o que caer».

Y termino con estas palabras al estilo de Gambetta. Esta carta se está alargando demasiado como para que yo la recargue con más comentarios a la prosa del *Times*. En conjunto se trata de un juicio simpático. El *Times*, que es, por así decirlo, la conciencia escrita de la clase media de Inglaterra, la más rica, la más fuerte, la más sólida de Europa, tiene una autoridad formidable, y como estoy escribiendo para Brasil, no podía dejar de recoger sus palabras que, por supuesto, serán la expresión de lo que la clase media de Inglaterra piensa o va a pensar durante algún tiempo sobre Brasil. Porque la prosa del *Times* es la materia prima con que se teje en Inglaterra la tela de la opinión.

Y como ahora me doy cuenta de que en estas líneas he sido a veces poco reverente con el *Times*, susurro, humilde y contrito, un *peccavi*³...

Traducción de Javier Coca y Raquel Aguilera

Nota a «Brasil y Portugal»

El 31 de octubre de 1880, Eça de Queirós, que a la sazón ejercía de cónsul de Portugal en Bristol, publica en el diario carioca *Gazeta de Notícias* «Un artículo del *Times* sobre Brasil», crónica que después de su inclusión en el volumen *Cartas de Inglaterra* pasaría a titularse «Brasil y Portugal», tal y como aquí aparece. Se trata de un comentario a dos artículos del periódico inglés *The Times* dedicados a Brasil y en los que asoma la ambición

³ «Pequé».

depredadora del imperialismo británico. Con su habitual mordacidad Eça desvela las intenciones ocultas bajo palabras en apariencia inocentes y halagadoras. Crítico lúcido de todos los excesos del colonialismo, tampoco le duelen prendas en atacar de paso con crudeza las aventuras ultramarinas de su propio país. Las reacciones lusitanas no se hacen esperar: el 28 de noviembre el diario lisboeta *Atlântico* publica un artículo de Pinheiro Chagas, escritor, periodista, político, patriota por oficio y eterno enemigo del gran novelista. Chagas se ve en la obligación de defender a su país ante la «deplorable impresión» que le había causado el texto y acusa una vez más a nuestro autor de antipatriota. De Queirós le responde en el mismo periódico con dos cartas de claridad demoledora, pero la fama de antiportugués le acompañará hasta su muerte e incluso hoy sigue siendo motivo de discusión.

Para la traducción de «Brasil y Portugal» hemos seguido la edición, a cargo de Helena Cidade Morura, de *Cartas de Inglaterra e Crónicas de Londres*, Livros do Brasil, Lisboa, 2001.



